

las flores nuevas, como una de las mejores ofrendas que podrían hacerse a este dios. La corporación de las floristas celebraba por esas fechas las fiestas de Coatlicue, la diosa tutelar del gremio y que era la diosa de la tierra y de la fecundidad. Los aztecas imponían a los pueblos sometidos tributos que deberían pagar en flores. A los príncipes y a los embajadores se les recibía con flores y a los nobles les daban distinción las flores. Nadie era admitido a la presencia del monarca si no llevaba un ramo de flores, que luego le entregaba. Vemos, pues, la importancia social, artística y cultural de las flores en la sociedad azteca. Posiblemente, el mundo árabe avanzado, el azteca, la sociedad europea del barroco decadente (rococó) y la Europa romántica del siglo XIX son las épocas en que las flores como elemento artístico, simbólico, social, literario y cultural han tenido mayor relieve e importancia y se las ha cuidado y estudiado mejor.

Coatlicue, partícula de la naturaleza rebelada, lleva consigo el peligro de muerte que gravita sobre ella, que parece significar su recaída en la ciega dispersión que encarna su numerosa familia. Así como el riesgo de la naturaleza de perder toda posibilidad de integrarse al tiempo, creador de la vida, deshaciéndose en la inmovilidad y el espacio, los textos atribuyen invariablemente a la diosa-madre una función de guerrero que muere en la batalla: ella es el primer ser que sufrió muerte ritual. Pese al desenlace aparentemente feliz de su aventura, parece que Coatlicue sucumbió después del parto, ya que la iconografía la representa siempre decapitada.

Resulta de ello que la hija mayor y la madre son una sola entidad y que el mayor enemigo que ésta debe vencer es ella misma.

De ahí el sentido patético de la narración: para dar a luz al ser luminoso, que lleva en su seno, ella ha de desaparecer. Existe esta trágica necesidad de colaboración. Su hijo, el vengador, el guerrero celeste, no puede nacer sin la plena conformidad de la materia.

La muerte de Coatlicue indica la conmoción de la naturaleza debida a su esfuerzo por liberarse; el movimiento que da nombre a la era de Quetzalcóatl. La fábula completa expresa el esfuerzo de los principios antagónicos. Espíritu-materia, haciéndose los dos responsables de los riesgos del combate con la esperanza de integrarse al tiempo, redentor de los hombres.

Con su aspecto demoníaco esta figura encarna el concepto de que todo ser es un eterno fluir hacia la destrucción, o una eterna destrucción él mismo.

Condición preliminar de todo renacimiento. Ahí ha quedado perfectamente plasmada la idea de un orden universal que se mantiene sobre el antagonismo de fuerzas contrarias.

## b) *La mitología y el simbolismo de Quetzalcóatl y relaciones con el cristianismo*

La preciosa leyenda del maíz en el códice chimalpopoca, dice lo siguiente: «¿Qué comerán los dioses? Ya todos buscan alimento. Luego fue la hormiga a coger maíz desgranado dentro del Tonocatepetl (cerro de las mieses). Encontró Quetzalcóatl (el dios máximo) a la hormiga y le dijo: «Dime dónde fuiste a cogerlo». Muchas veces le preguntó,

pero no quiso decirlo. Luego dice que allá, señalando el lugar, y la acompaña. Quetzalcóatl se volvió hormiga negra y acompañó a la hormiga colorada hasta el depósito, arregló el maíz y luego lo llevó a Tamoanchán. Lo mascaron los dioses y lo pusieron en nuestra boca para robustecernos. Después dijeron: ¿Qué hacemos del Tonocatepetl? Fue solo Quetzalcóatl, lo ató con cordeles y lo quiso llevar a costas; pero no lo alzó. A continuación, Oxomoco echó suertes con maíz; por fin, los dioses de la lluvia traen tierra y Nanuatl desgrana el maíz a palos».

Otro texto recuerda cómo fue creado el hombre de la civilización tolteca: después de haberse frustrado todos los intentos de crear a la humanidad, Quetzalcóatl bajó al reino de la muerte (Mictlantecutli), en donde recogió los huesos de los hombres y de las mujeres que habían vivido antes. Con su propia sangre y con la ayuda de Coatlicue molió los huesos, creando la masa que dio origen al hombre nuevo; pero ¿cómo podría subsistir ese hombre, si los anteriores habían muerto por falta de alimento? Entonces fue cuando Quetzalcóatl, transformado en hormiga negra trajo el grano de maíz que la hormiga roja descubriera.

Según, pues, la tradición común de todos los pueblos mejicanos, los primeros hombres, los pashil, fueron hechos del maíz y alimentados con ese grano; tal fue el alimento primitivo de los primeros seres humanos, que el cenáculo de los dioses creara en Tamoanchán. Lo mascaron los dioses y lo pusieron en nuestra boca para robustecernos y nos hicieron fuertes. Tal es el origen del conocimiento del maíz. Las revoluciones del planeta Venus, que desaparece y muere dos veces, como estrella de la mañana y como lucero vespertino, y dos veces vuelve a aparecer, convierte el mito en leyenda de Quetzalcóatl, el dios-sacerdote. Según la representación del códice Borgia las diversas fases de su curso son las distintas etapas del autosacrificio de Quetzalcóatl, la última de las cuales es la resurrección de su corazón como estrella de la mañana. Se le ve entrar en el mundo inferior, se le ve morir y partirse en un dios muerto o destinado a la vida (estrella matutina). Este Quetzalcóatl destinado a la vida y que nace y se levanta cada amanecer es el astro «que precede al guerrero» (el dios solar). Es esta una muestra de la concepción de la naturaleza entre los antiguos pueblos mexicanos y al propio tiempo una gran epopeya mítica.

En la idea del hombre paleomexicano el mito es la realidad y su arte un arte mítico.

Quetzalcóatl, como estrella vespertina, baja al mundo subterráneo llevándose consigo a su hijo el sol —el sol poniente que muere— hasta el reino de los muertos. La figura del joven es de una belleza muy expresiva.

Quetzalcóatl es el rey de una pureza absoluta en un principio, se embriaga impelido por malos consejeros, abandona su reino y acaba sacrificándose en una hoguera. Su corazón liberado por las llamas sube al cielo y se convierte en el planeta Venus (bien y mal —triunfa el bien, la verdad—, triunfo del ángel sobre el demonio. Redención del pecado). Quetzalcóatl adquiere dos personalidades distintas sin relación dinámica entre sí. Por un lado, es un poderoso monarca en lucha con las pasiones, expulsado finalmente por un rival; por otro, es un dios creador, héroe de unos acontecimientos, que escapan a toda lógica. El primero perteneciente a una irrealidad mítica, no es considerado, y se le consagra como rey para la investigación. Su bajada a los infiernos y su transfiguración son tan reveladoras de su carácter, como su actividad social bienhechora (ana-

logía con Jesucristo). Separar su doble aspecto o dualidad no arregla nada, pues el rey que abandona a sus súbditos porque le gustó demasiado la bebida (analogía con «Der König in Thule», «el rey de Thule») es tan inasible como el hombre-planeta. Quetzalcóatl salta en los anales de época en época, de ciudad en ciudad; por su ambigüedad y dualidad es difícil de explicar su figura mítica. Es hombre con sus defectos, pero también es dios. Tuvo sus errores pero fue reivindicado. Fue como un mesías, como un profeta, ya que no fue sino después de su desaparición física cuando el rey se transformó en cuerpo celeste (Ascensión del Señor), su culto como señor de la aurora no puede ser contemporáneo de sus actividades en el mundo. Su manifiesto origen humano es el rasgo característico de este dios. El hombre que salva de la quietud al cielo y a la tierra se caracteriza por dos rasgos esenciales: es un ser salvado de la muerte (resurrección de la carne) y poseedor del poder de metamorfosearse en cuerpo celeste (vida eterna).

El poder de traspasar la materia es propio del quinto sol y la multiplicidad de los fenómenos (mundo terrenal) no es más que el reverso de la unidad invisible (Dios) dado que el impulso que los transforma en energía dimana de un enfrentamiento con la muerte, el mito parece indicar el acto libre como condición expresa de la vida. El hombre como materia pensante se sitúa de nivel intermedio. Tiene la misión de la lucha del espíritu para salvar esta materia. Sin embargo, superar por una parte la muerte, por otra la divinidad, es asegurarse la victoria de cada uno de estos estados.

En la visión por medio del espejo que Quetzalcóatl tiene de sí mismo se produce el pánico por la brusca aparición del rostro desconocido, que significa el contacto del espíritu con la materia y el instante de su paso a un estado de intolerable ambigüedad. Lo que sorprende en la manera de ser tratado el viejo tema es que lejos de implicar caída y degradación, es la condición expresa de la salvación (Cristo vino a este mundo terreno y de pecado para redimirnos).

Los símbolos corroboran el mito al representar la aspiración de la materia por medio de un reptil levantado con toda su altura y la del espíritu por el pájaro celeste que se tira hacia la tierra con audacia, puesto que en el quetzal un descenso tal significa peligro de muerte. Si bien el pájaro, el sacerdote quetzal, ignora lo que es un cuerpo, el reptil —símbolo de la materia— es tan incapaz como él de imaginar lo que ha de descubrir al final de su esfuerzo.

Aparece naturalmente un personaje que es la antítesis de Quetzalcóatl: es Tezcatlipoca, señor del espejo humeante. Patrón de los esclavos, instigador de guerras y discordias, corruptor sexual. Es contradictorio, cambiante, múltiple —es el personaje contradictorio y negativo—. El espejo humeante y brumoso aparece como la imagen de la materialidad y de las tinieblas. La sucesión de los períodos cósmicos y la creación se explica a través de la lucha que entablan estas dos entidades contradictorias (analogía con Persia: Ormuz-Ahrimán —Quetzalcóatl-Tecatlipoca). La unión incestuosa de Quetzalcóatl con su hermana (como Zeus-Hera) confiere a la mujer un aspecto de reptil, de signo de muerte, de naturaleza biológica, de materia.

El hecho de que Quetzalcóatl permanezca unido a las tinieblas durante cuatro días refuerza la hipótesis de que su permanencia en las tinieblas es indispensable para alcanzar la luz. (Sentido bíblico = redención-resurrección).